



Amalia Cubillo Valdés nació en Madrid el 10 de noviembre de 1904, la penúltima de una familia numerosa, 9 hermanos. Hizo sus estudios en el colegio de los ss.cc. de Fuencarral, su vida colegial la encantaba, brillante en los estudios no conseguía en cambio la banda de Conducta porque se saltaba fácilmente el Reglamento. Movida, impetuosa, gozaba con sus compañeras y disfrutaba de las clases.

Tenía unos 11 años cuando vino el Padre Mateo Crawley ss.cc. a España. Fundó en el mismo colegio de Fuencarral “El Secretariado del Sagrado Corazón y de la Adoración nocturna”. Con este motivo venía con frecuencia al Colegio y predicaba retiros a los miembros del Secretariado y Antiguas Alumnas.

Amalia con su amiga íntima Paz Rodrigañez consiguió el permiso de ir a escuchar al fondo de la cripta donde daba sus charlas. Estaban las dos muy recogidas cuando el padre les dijo con su habla chilena: “que esas dos florcitas de Jesús se acerquen más...” quedó Amalia para siempre enamorada del Corazón de Jesús y ya solo deseaba encontrarse a Él.

En el 1925 Amalia ingresaba en el noviciado de París. Era la primera alumna del Colegio que entraba religiosa en la Congregación y sería seguida de muchas más, entre ellas, el año siguiente, su hermana María Concepción. Durante el postulantado tuvo el dolor de perder a su padre.

En 1927, volvía profesora de París al Colegio de Madrid la destinaron a ayudar a Mère Claire Thérèse como segunda maestra de pensionado. Supo enseñar con entusiasmo a las alumnas en su amor por Jesús.

En 1931 se declaró la República. Pronto ésta prohibió la enseñanza religiosa en los colegios. Esto hizo ver a los superiores que ninguna de las religiosas que trabajaban en nuestros colegios tenía títulos académicos. Se determinó mandar cuatro de las jóvenes, entre las que estaba Amalia a hacer la Licenciatura en la Universidad de Zaragoza. Se escogió esta ciudad por ser más tranquila que Madrid. Se instalaron en un piso en la calle del Coso, vestidas de seglares por causa de la persecución.

Terminada la Licenciatura en Filosofía y Letras, se disponen felices a ejercer en el “Liceum Pacis”, el mismo colegio de Fuencarral pero con entrada por otra calle, San Andrés, directora seglar... pero el 8 de julio de 1936 estalló la revolución comunista y la guerra civil.

Amalia estaba en esta fecha en el Escorial. Esta casa dependía de Fuencarral y se mandaba allí en verano a grupos de hermanas a descansar. Quedaron cortadas todas las comunicaciones con Madrid, en el horizonte las hermanas veían llamas y humaredas densísimas, cientos de edificios ardían en la capital. Pasaban los días con pavor de verse asaltadas y sin noticias de la comunidad de Fuencarral. El Escorial se convirtió en cuartel general de los comunistas... los hermanos ss.cc. del seminario de San José subían a escondidas a celebrar la Eucaristía y a darlas ánimo. El 1 de agosto un grupo de milicianos asaltó la casa. Pudieron esconder el Santísimo pero toda la Capilla fue devastada, Amalia, en medio de ese caos cogió la estatua de la Virgen de la Paz y con ella abrazada pidió al jefe que le autorizara a llevarla con ella. Se lo permitió, y toda la guerra la tuvo con ella. Mientras tanto la ecónoma, entre dos milicianos con fusil en mano, fue obligada a recorrer la casa y soportar el registro de todas las

habitaciones. Reunieron a las más jóvenes en una sala animándolas a lanzarse en la vida y gozar de ella. Las encerraron con ellos gritando: "Viva el amor libre". Amalia contaba que estaban dispuestas a tirarse por la ventana antes de caer en sus manos.

Pasaron una noche angustiosa con los milicianos en casa y ellas encerradas en el dormitorio. Al día siguiente, salvando la vigilancia salieron a la huerta a avisaron a amistades que vinieran a buscarlas. Poco a poco autorizadas por el jefe de los milicianos, empezaron a marcharse despidiéndose con dolor de la casa. Los hermanos les procuraron salvoconductos y así pudieron llegar en autocar hasta Madrid. Tuvieron que pasar varios controles, a cada paso las detenían para registrarlas e inspeccionar el coche.

La capital tenía un aspecto desolador, nadie transitaba por las calles. Patrullas de milicianos se dirigían presurosos a sus puestos. Llenas de miedo se dispersaron para ir a las casas que les habían indicado. Fuencarral estaba cerrado. Amalia con Natividad Bobo fue a Claudio Coello, 8, domicilio de su madre. Al verlas el portero se quedó pasmado, no se atrevía hablar. Por fin las comunicó que su madre y su hermana Margarita habían salido huyendo mientras los milicianos registraban otros pisos. Les dio la llave de la casa que estaba desierta. No sabían qué hacer. Consiguieron el teléfono de la pensión donde se habían refugiado.

A la mañana siguiente fueron a reunirse con ellas pero llegaron registros a la pensión se llevaron presos a dos religiosos agustinos, de modo que volvieron de nuevo a Claudio Coello. Allí permaneció Amalia hasta diciembre de 1936. Se comunicaba por teléfono o con visitas con su superiora, Madre Rosalba que estaba instalada en un piso con bandera peruana y gozaba de relativa seguridad. Se llevó a María Natividad con ella, en cambio María Concepción se refugió también en casa de su madre. Fueron meses muy difíciles, su familia estaba muy perseguida especialmente su cuñado Cirilo Tornos, por ser monárquico. Tuvieron muchos registros en su busca, al no encontrarlo se llevaron presa a su mujer María que se había refugiado también en Claudio Coello con sus once hijos. Aquí una anécdota que muestra el carácter de Amalia. El Embajador de Noruega estaba dispuesto a recibirle en su embajada pero había que recorrer buena parte de Madrid para llegar. Se vistió de miliciana comunista con un mono sucio y el pelo revuelto y acompañó a su cuñado a pie por las calles, cogidos del brazo, muy juntos, como si fueran novios, temblando de ser descubiertos, hasta dejarlo sano y salvo. Otras aventuras las pasó con los hermanos. Buscó refugio a los Padres José y Gregorio y los acompañó. Por otra parte iba a los lugares donde estaban escondidos los hermanos para poder comulgar o confesarse.

En su familia las angustias seguían. Su hermana Margarita fue detenida y llevada a la cárcel de las Ventas donde permaneció tres años. Su hermano Javier fue asesinado en Paracuellos de Jarama. Trece de nuestros hermanos ss.cc. fueron fusilados solo por el hecho de ser religiosos. Entre tanto la guerra civil seguía, peleando con valentía en los dos frentes, sufriendo hambre y angustias.

Finalmente, el Sr. Villar, padre de alumnas del Fuencarral consiguió refugio para ella en la embajada de Noruega, estaban también varios padres de los ss.cc. y su hermana María. Había centenares de refugiados con apenas sitio para moverse. La vida era triste, sin tener ni un momento de soledad para rezar. Permaneció en la embajada seis meses hasta que se organizó una expedición a Valencia con el fin de poder tomar allí algún barco y poder llegar a Francia. La salida era arriesgada pero Amalia y su hermana María se apuntaron.

En Valencia se refugiaron en casas de amigos o en pensiones. Un día notaron que las seguían. Era el 4 de agosto de 1937. Por la mañana había tenido la alegría de recibir a Jesús y sintiendo el peligro que le amenazaba se abandonó a la voluntad de Dios y se ofreció angustiada diciendo: “Destierro, cárcel y muerte, aunque me cueste lo acepto, dame en cambio la gracia de amarte más y más”. Apenas habían desayunado cuando la policía vino a buscarlas. Las llevaron a la Dirección de Seguridad.

Dejo a Amalia que cuente ella misma su tiempo de prisión: “Mi calabozo era un cuarto de 2,50m por 1,50 más o menos. No tenía ninguna ventana, tan solo una mirilla a la puerta, completamente oscuro, con un banco en el fondo hecho de cemento que servía de lecho. Al cerrarme con los cerrojos todo mi ser se rebeló. ¡Perder la Libertad! ¿Por cuánto tiempo me tendrían encerrada? ¿Me sacarían para fusilarme? ¡Dios mío sálvame! Pasé en los calabozos de la Dirección de Seguridad casi un mes. Rezaba continuamente, le pedía a la Virgen que me preserve de males peores, pensaba en la Buena Madre, presa ella también. A veces para desechar la angustia, me ponía a cantar... vecino a mi calabozo estaba también preso Antonio Escofet, hermano de María Berchmans y el comprendiendo mi soledad silbaba las canciones del colegio: villancicos y motetes... Una comida solo al día, un bocadillo y una raja de melón. No me importaba, había días que no probé bocado de repugnancia... Una noche hacia las doce, cuando menos lo esperaba y despierta pues no podía dormir, se corren los cerrojos de la puerta y de repente entró un inspector de policía. Asustadísima esperé a ver qué quería y cual fue mi sorpresa cuando en tono afectuoso empezó a interesarse por mí. Pero no paró ahí y propasándose empezó a querer acariciarme. Me resistí violentamente, insistió con fuerza y besándome me decía toda clase de palabras de amor. Cuando más peleaba para apartarle de mí más insistía. Yo le empujaba a puñetazos, pero él entonces me abrazaba y besaba más. Yo estaba encerrada, me veía sola, indefensa, ante aquel malvado, degenerado. Caía derecha en el banco acosada por él. Así se pasaban varias horas hasta que amanecía y yo quedaba sin fuerzas llorando y rezando. No sabía lo que me pasaba, me sentía pecadora, pedía perdón a Dios y le suplicaba que me librara de aquel hombre. Pero el tal inspector volvía cada noche y las mismas escenas se repetían. A veces me decía con sarcasmo: “No tengas miedo, ahí fuera en el patio, tengo yo la guardia”... y de nuevo empezaba la lucha. El agarrándome y yo resistiendo ante sus brazos, apartándome con fuerza de él “Eres estúpida”, me decía y muchas cosas más. Yo estaba en un estado síquico especial. Ya no era dueña de mí. El Corazón de Jesús me salvaba cada noche. El me salvó e impidió que me violara...”

Amalia soportó estas angustias hasta que le llevaron a declarar y luego a la cárcel de mujeres de Pechina donde le metieron en un dormitorio común con colchonetas en el suelo y toda clase de bichos cotorreando alrededor. A la mañana descubrió entre las reclusas a su hermana María. Fue este un gran consuelo. También hizo amistad con varias presas entre ellas una ex alumna del Sagrado Corazón María Luz. La nueva amiga tenía un hermano en las milicias rojas que le traía paquetes de comida. Un día a petición de su hermano trajo en una cajita la Sagrada Eucaristía. Amalia fue la encargada de guardarla bajo sus blusas. Por la mañana comulgaban. Por la noche se levantaban cuando todo el dormitorio dormía y de rodillas hacía la adoración.

La mayoría de las presas eran políticas, pero habían también presas comunes que provocaron un motín. Fueron momentos terribles. Los días pasaban lentamente... a veces por las noches se abrían las puertas del dormitorio y se llevaban a fusilar a alguna presa. Amalia meditaba en la pasión: Jesús preso... abofeteado, crucificado.

Así pasaron varios meses hasta el 11 de noviembre en que por medio de un abogado, amigo de su cuñado Cirilo, les dieron la libertad provisional a ella y a su hermana María. Se refugiaron en la casa de la "Alianza Francesa". Era un colegio convertido en un refugio protegido por la bandera francesa, donde iban las personas perseguidas por el gobierno. Estando allí las citaron para el juicio, su abogado les aconsejó que no se presentaran. Fueron condenadas, por desafectados al régimen a 15 años de cárcel y pagar una fuerte indemnización. Las declararon en rebeldía. En adelante solo les quedaba la solución de seguir encerradas en la "Alianza".

Desde la embajada francesa se organizaba a Francia expediciones y así se iba sacando poco a poco a los refugiados. Era expuesto porque había que llevar pasaportes falsos y alguna vez fueron descubiertos y llevados a la cárcel. A pesar de esto Amalia y su hermana se apuntaron para ir a la primera expedición. Fue la última aventura de la época roja. Iba abandonada a la voluntad divina, repasando los datos de su nombre y situación falsa. Cuatro veces examinaron su pasaporte mirando su cara. Por fin el barco, apoyada en la barandilla, antes de dejar España rezo con fervor, el Magnificat. En Marsella se despidió de su hermana y cogió el tren de París. Madre Benjamina, Superiora General, y toda la comunidad las recibieron llenas de cariño. ¡Qué paz y felicidad después de tanta angustia!

Estuvo en Picpus desde el 15 de enero hasta el 24 de septiembre. En esta fecha, nombrada superiora por primera vez, salió con un grupo de hermanas refugiadas, para Fuenterrabía, pequeña ciudad de la zona nacional. La guerra parecía que iba a terminar y Madre Benjamina decidió que volvieran a España para estar más cerca cuando en Madrid cayera en poder de los nacionales. Fue un viaje apoteósico: Dos hermanas, 30 bultos y una fortuna de 25pts.

Pasaron varios meses en Fuenterrabía y para poder sobrevivir daban clases a niñas también refugiadas, cogieron algunas internas los meses pasados allí fueron deliciosos para Amalia y su comunidad. Estaban en España, tenían su capilla, podían llevar su vida religiosa.

El 27 de marzo llegaron las noticias de que la capital se había rendido. Entonces se procuró milagrosamente un salvoconducto y entró en Madrid con gran emoción. La casa había sido totalmente desvalijada y la capilla convertida en comedor sin ningún altar y santo. Los dormitorios vacíos, sin camas. Y en la cocina, al salir las comunistas, se habían instalado "Auxilio Social". Hasta que se marcharon, en junio, no se logró entrar en la casa y tratar de adecentarla para empezar el curso en octubre.

Los primeros años después de la guerra fueron difíciles. El colegio se llenó de alumnas, pero había que reponer todo el mobiliario. Amalia trabajó duro y poco a poco adecentó los locales. Se ocupó también de la casa del Escorial que había estado ocupada por las Brigadas Internacionales. Numerosas jóvenes pedían entrar en la Congregación. La Madre General permitió la apertura del noviciado en el Escorial. El 22 de agosto de 1922 tuvo lugar la primera Toma de Hábito de veintidós jóvenes.



Fuencarral al terminar la guerra civil

En 1949 se creó la provincia española. Amalia fue nombrada Superiora Provincial su trabajo se multiplicó pero nunca se cansaba. Consiguió para la congregación una finca en la sierra madrileña, herencia de su familia. Se destinó esta casa a lugar de descanso de las hermanas de Fuencarral. Más tarde fundó el “Regina Pacis” una residencia universitaria que pronto se llenó de jóvenes estudiantes. Fue destinada también a las hermanas que estudiaban Carrera.

Continuaron las fundaciones; Barcelona abrió su colegio en 1954 después de muchos apuros para adquirir la finca que valía nueve millones. La provincia solo tenía medio millón. Amalia pasó la noche en oración pidiendo al Sagrado Corazón ayuda. Por la mañana el Director del banco de Vizcaya de Madrid, don Luis Roy, amigo de la Congregación, compadecido y emocionado, ingresó a la cuenta de la provincia “cuatro millones y medio” cantidad que necesariamente había que pagar ese día para poder firmar la escritura de compra.

Más tarde consiguió la dirección de un “Hogar de Social” de beneficencia que acogía a niñas abandonadas, sin familia, hijas de presidiarios, de prostitutas, etc... También mandó algunas hermanas a la guardería para niños pobres de la parroquia de Sarria.

La siguiente fundación fue Chamartín, Madrid. Se adquirió una finca para un colegio grande. Todavía antes de terminar su tiempo de Provincial en diciembre 1959, adquirió la Casa de Salamanca para escuela apostólica y abrió una escuela rural en Argomilla de Cayón. Por fin en un suburbio pobre de Madrid, el barrio de Usera, instaló una escuela.

En enero de 1960 fue destinada al colegio de Barcelona como superiora. Siguió trabajando sin descanso, después fue sucesivamente a Roma, al Colegio Enriqueta Aymer de Madrid, a Jerez. En 1971 dejó de ser superiora, estuvo dos años en Torrelavega y luego volvió a Barcelona como Directora de la escuela de Turismo. En 1980 llegó a Madrid, ya supuestamente jubilada y digo esto porque siguió trabajando, además de cuidar a su hermana Margarita, muy enferma. Se adjuntó al hospital de los hermanos de San Juan de Dios para coser para los albergados, iba varias veces por semana. Visitaba también enfermos de Caritas. Algunos vivían en barrios muy distantes. Tenían que coger hasta cuatro medios de comunicación para llegar: autobús, metro, tren... “Oeil vif et pied léger” como testimonia Jeanne, nuestra superiora general, iba rápido por las calles de Madrid para atender a sus amigos más queridos, los pobres los abandonados.

Sus últimos años siguieron siendo fecundos. La encargaron la Biblioteca recreativa del paraíso, se dedicó a ella con el entusiasmo que seguía poniendo en todo, buscaba los libros que podían mejorar ayudar a las distintas edades. Alumnas de los cursos mayores iban a charlar con ella y a confiarle sus ilusiones y deseos. Continuó con la visita a sus enfermos hasta que las fuerzas le fallaran y sus superiores le prohibieron salir sola. Se entregó entonces a su vida de oración que se fue haciendo más sencilla y confiada, como el niño que se abandona en brazos de su Padre.

Las hermanas del paraíso se asombraban de su apertura a los cambios, su gran libertad de espíritu, su integración plena y activa en la vida de la comunidad en total disponibilidad, su gran desprendimiento y generosidad como pobre de Yahvé.

Amalia Cubillo

Todo por el Reino

Tras varios meses de progresivo debilitamiento físico, Amalia realizó su último viaje a la casa del Padre en las primeras horas del 10 de febrero del 2001. Tenía 96 años. Se fue en un instante, sin agonía, con plena lucidez, confiada en el Señor tan amado.

Su partida causó un gran dolor unida a una intensa acción de gracias por su vida tan entregada al servicio de los Sagrados corazones.

CONTEMPLAR

Amalia, mujer llena de vitalidad, ardiente, impetuosa, ha sido un alma profundamente contemplativa. Tuvo un inmenso amor al Corazón de Jesús desde su infancia. Todavía en el colegio se las permitió en el recreo, a ella y a su amiga Paz, charlar juntas de los secretos del Rey, como ellas decían. En la revolución, en las persecuciones, oraba siempre confiada. Cuando en la cárcel tuvo el privilegio de tener el Santísimo con ella, se mantenía en su presencia incesantemente. Todas las noches cuando las otras presas dormían, ella, arrodillada junto a su jergón, hacía la adoración. De esa época data una oración que luego repetía siempre con emoción:

Tú viniste Jesús, a mi prisión,
y conmigo moraste noche y día,
y tan dulce y tan fuerte fue la unión.
Que Tú, no yo, fuiste en el que en mí vivías.
¿Cómo pagar tan inefable abrazo...?
¿Qué no haré yo para conservarte en mi vida?
¡Arráncame la vid, más jamás de tu lado,
que todo es llevadero menos perderte a Ti!

Durante toda intensa vida: provincial, fundadora, superiora, directora, se mantuvo siempre fiel a sus adoraciones. La he visto después de un largo viaje, rendida, quedarse ante el Señor en oración.

Enrique Moreno fue su director espiritual los últimos años de su vida, da de ella este testimonio: “Tuve con Amalia una hermosa comunicación durante estos últimos años que me permitió conocer algo muy íntimo de su interior, tal como ella lo iba experimentando y reflexionando a esas alturas de su larga vida.

En varias comunidades pudimos conversar cara a cara en su búsqueda incesante de ese Padre Dios que no deja de amarle en Jesús. En tantas cosas, la correspondencia periódica sirvió para mantenernos en un contacto fraterno. Me decía ella, con admirable sencillez, que me agradecía esos momentos pero no sé si logré convencerla suficientemente de que era yo quien le agradecía ese regalo de hacerme su confidente. Puedo dar testimonio de que en esa mujer que tal vez en otro tiempo fue una imagen de esas fuertes autoridades de antaño, estaba profundamente arraigado un niño pequeño, una pequeña niña, que solo intentaba balbucear el Amor, sufriendo y gozando en su búsqueda a la vez obsesiva y cariñosa. Ese ejemplo suyo de evangélica pobreza de espíritu, de corazón pobre, permanecerá siempre como una inapreciable lección en mi corazón.

Alguna vez rezamos juntos ese salmo 131 que le interpretaba en su más profundo anhelo: “Señor, mi corazón no es soberbio, ni altanera mi mirada: Nunca perseguí grandezas, ni cosas que superan mi capacidad. Aplaco y modero mis deseos, estoy como un niño en brazos de su madre”.

Jeanne Cadiou, da este testimonio: “Me decía a menudo que había cambiado mucho desde el tiempo de su juventud, con el tiempo se había vuelto más sencilla en sus relaciones con la gente y sobre todo con Dios, que siempre se había encontrado muy feliz en la Congregación. Amalia ha dado todo al servicio de los Sagrados Corazones, su juventud y sus muchos años, su

vitalidad excepcional hasta el final, su buen sentido, su cultura de la que nunca hacía gala. Su gran inteligencia siempre utilizada con mesura, su amor por Dios que le lleva a ciertas locuras por el Reino, como contaba ella misma”.

Se compenetró totalmente con el Padre Jean d’Elbée y el camino de infancia espiritual de Thérèse de Lisieux que enseñaba. Amalia tenía siempre la vida de la santa en su mesa de trabajo. Muchas veces me hablaba de esos deseos de recuperar esa condición de niños, poniendo toda su confianza en su Padre, Dios. “Quiero abandonarme en sus brazos, preocuparme menos de mis esfuerzos... El me dará siempre su gracia”.

Otras veces el tema de nuestras conversaciones iban a la lectura del evangelio. Al leerlo, me confiaba: “Me siento junto a El, me parece oírle y experimento fuertemente que sólo El llena mi vida. Las palabras del evangelio me hacen ver con claridad a Jesús y su entorno. En la oración y a lo largo del día guardo las palabras de Jesús, mi corazón arde deseando vivir totalmente su presencia y no en mi bienestar y mis gustos”.

Le encantaba especialmente la escena de Jesús en Betania con sus amigos Lázaro, Marta y María, las dos. María contemplándole incesantemente, Martha, trabajando incesantemente para que Él reine en todos los corazones”:

“Éstrate en la espesura de la contemplación, me decía, no hay mayor felicidad” “¡Gózate en el amado!” Otra exclamación suya.

VIVIR

Amalia era una persona alegre, abierta, comunicativa... Sabía gozar y hacer gozar en los encuentros comunitarios. Su intensa vida de trabajo no le impedían asistir regularmente a los recreos con las hermanas. Tenía el don de comunicar y animar. Nos hacía pasar un buen rato, confirman las hermanas que convivieron con ella.

“Recordaré siempre, testifica otra hermana, las entrevistas con ella. Salía siempre con nuevos ánimos para seguir a Jesús. Contagiaba el amor que ella tenía. Eso sí, pedía entrega sin medida, generosidad, amor sin límites...

Supo adaptarse a los cambios en la vida religiosa que trajo el Vaticano II. El siguiente fragmento de una carta a su hermana, Pilar, M^a Concepción también religiosa de los ss.cc. de marzo de 1977, en que le comunica los motivos que le impulsan a vivir en una comunidad pequeña, lo demuestran:

“Todas esas conferencias en que te dicen que la vida religiosa debe estar basada en una comunidad fraternal y dialogante, que la oración debe ser compartida, que debemos dar testimonio de alegría y unión, yo me angustio verdaderamente, porque de eso no tengo posibilidad ninguna, de comentar el evangelio con un grupito, de comunicarme sobre temas de los votos y de vivir una consagración y entrega basada, no en la exterioridad de una Regla matemática, sino en amor de fondo a tus hermanas. Y muchas más cosas que si te digo no acabo... Y si la Iglesia lo propone y lo aconseja, parece que la salvación de la vida religiosa vendrá por ahí porque las vocaciones futuras y aún actuales y los cambios de los tiempos exigen que nos ayudemos unos a otros como hermanos. Hay que organizar otra vida diferente... Dirás que dónde voy con todo esto. Pues yo te lo diré. Veo clarísimo que todo lo que te estoy diciendo.

Hay que salvar a la Congregación y mostrar unas comunidades abiertas, alegres, acogedoras, que rezan y se desviven por el prójimo... Comunidades pobres que viven de su trabajo y que las gentes nos las vean (aunque no sea verdad) como unas grandes propietarias con todas las necesidades cubiertas y todo asegurado.

“Si, Pili, ya me conoces, no me resigno. Amo mucho a mi Congregación y estoy pensando en hacer una experiencia y por esto te escribo para que reces por mí. Como yo, hay otras que piensan como yo. No te impresiones. Estoy al habla con M^a Paloma. M^a Dolores y el Consejo, en total unión con ellas. Y agradecidísima a ellas que me comprenden. Estoy feliz y con la ilusión de siempre. Amo a Jesús con toda el alma y quiero entregar lo que me queda de vida a su causa, a compartir mi vida con aquellas que sienten la misma inquietud. Dispuesta a dar testimonio de pobreza y sencillez sin dejar el empleo en que Dios me ha puesto, pero unida a una vida más fraternal, con un pequeño grupo de las que sienten también esa necesidad”.

Vivió Amalia en comunidades pequeñas, Barcelona y Madrid, unos años. Se entregó a esta nueva forma de vida con entusiasmo y participó en todos los quehaceres domésticos como las otras, compartió la oración y la vida fraterna con alegría.

Ya tenía 80 años cuando fue destinada al Paraíso. Allí como testimoniaron las hermanas a su muerte, siguió ayudando y participando con toda su alma en la vida fraterna.

ANUNCIAR

Tuvo toda su vida la obsesión por propagar el Reino... La vemos joven profesora entusiasmando a las alumnas en el amor al Corazón de Jesús. En la cárcel se hizo amiga de una mujer condenada por crímenes, le habló con tanta unción de la misericordia del Señor que la llevó a una promesa de cambio de vida. Otra joven, M^a Luz, le dijo que si salía con vida de la cárcel, entraría en su Congregación.

Superiora después de la guerra civil, fue siempre directora del Colegio e impulsó a las alumnas en el camino del Amor. Se ocupó también con entusiasmo de la Asociación de antiguas alumnas, de las familias, del Secretariado de la Adoración nocturna... Se preocupaba mucho por el culto del Señor. Formó un coro de religiosas y otro de alumnas que dirigía ella misma, tenía la carrera de piano y música.

Provincial, fundadora de varias casas, su preocupación era que la comunidad viviera con entusiasmo nuestra misión de propagar el amor a los Sagrados Corazones.

La cantidad y la calidad de las obras educativas de la Congregación que abrió, le valió que el “Ministerio de educación” le concediese el lazo de “Alfonso X el Sabio”. En la ceremonia de la entrega pronunció estas palabras: “Adveniat regnum tuum” es consigna primordial en nuestra Congregación de los Sagrados Corazones. Si abrimos colegios y escuelas, si venimos en busca de las almas por el apostolado, si nos entregamos a la beneficencia, buscamos el Reino de Dios, la gloria de los ss.cc. Esa es la cima que se me exige al imponerme el lazo de Alfonso X el Sabio, y que hermana con el bello ideal de mi vocación religiosa”.

Y me paro ahora en sus últimos años que entregó con tanta generosidad a los pobres... Todas las tardes tenía una visita programada. Salía sin preocuparse del mal tiempo, la lluvia o el

frío. Llegaba a las casas llena de cariño y pasaba unas horas con la persona que visitaba derrochando amor y palabras de aliento al mismo tiempo que hablaba del amor de Jesús. Entre sus enfermos, recuerdo especialmente una parálitica, Rosario, que vivía en las afueras de Madrid con su madre ya mayor. Tardaba dos horas en llegar allí casi siempre iba cargada pues les llevaba golosinas o alguna cosa que necesitaban, eran muy pobres. Durante muchos años las visitó. Organizó para Rosario un viaje a Lourdes, nos la trajo en verano al Paraíso, otro la llevó al Escorial, siempre solícita con ella.

Tendría ya más de 94 años cuando sus superiores les cortaron sus salidas por su debilitamiento físico. A partir de entonces se dedicó a extender el Reino con sus adoraciones y ofreciendo sus achaques, pero su entusiasmo no se aflojó nunca. Rezaba, leía con una gran lupa, asistió a todas las oraciones de la comunidad hasta los últimos meses y cuando ya no pudo hacerlo pedía a la hermana que la cuidaba que rezara con ella y le leyera.

“Venga a nosotros tu reino” (Mt.6, 12), reino de amor, reino de paz, de cercanía. Esta petición del Padrenuestro fue el faro que guió la vida de Amalia desde su infancia: “Todo por el Reino” era su frase preferida, la estrella que guiaba su camino.

“Porque Dios es Amor” (1 Jn. 4, 8) certeza que siempre la sostuvo en su vida tan accidentada en los días angustiosos de la cárcel, en las funciones a veces tan difíciles, en sus últimos meses cuando veía con toda lucidez que sus fuerzas se debilitaban y llegaba el final.

“...y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra”... (Hch. 1, 8), estas palabras eran el impulso fuerte para su vida apostólica... Su Señor conocido y amado por todos los hombres.

“Bueno es estarnos aquí” (Mt. 17, 4): Expresaba con estas palabras su felicidad de pertenecer a la Congregación y también el gozo de la vida de fraternidad.

Sus salmos preferidos eran el 118, elogio a la Palabra. “La Palabra es luz para mis pasos” y el 22: “El Señor es mi Pastor, nada me falta”, que muestran su fe y su confianza...

Jeremías 15, 16: “Cuando encontraba palabras tuyas eran mi gozo y la alegría de mi corazón porque tu nombre fue pronunciado sobre mí”. Son la muestra de su amor al Evangelio que guiaba sus pasos y llenaba su corazón.

Terminando el relato sobre Amalia, me surge esta pregunta ¿Cómo vivo yo este amor apasionado a los Sagrados Corazones?

Nuestra Misión: “Contemplar, vivir, anunciar al mundo el amor de Dios encarnado en Jesús” nos lleva a todos a trabajar con entrega, a vivir en el amor, a contemplar diariamente al Señor en la Eucaristía ¿Cómo realizarnos este compromiso?

Hijos de los Sagrados Corazones, llevados por vocación a proclamar el amor podemos hacernos esta pregunta, después de haber seguido la vida de nuestra testigo ¿Cómo actúa Dios en nuestra vida para que podamos proclamar su misericordia?

La sociedad, la Iglesia y la vida consagrada han tenido grandes transformaciones durante la larga vida de Amalia. Ella supo adaptarse a los cambios pero manteniendo siempre las raíces profundas de su compromiso: su pobreza, su obediencia, su tiempo profundo de adoración, el rezo del oficio divino, en sus últimos años, hacía también el oficio de lecturas, su amor a la Virgen...

Voy a dejar las últimas palabras de este testimonio a nuestra Superiora General Jeanne, a su muerte escribió a la comunidad estas palabras:

“De todo corazón me uno en el dolor de la separación pero también en la alegría de la acción de gracias por haber tenido la felicidad de cruzar en el camino de nuestras vidas a una hermana como Amalia.”